



ACTO V.

Es más de media noche. — Gran calle de Génova. — En diversos sitios y frente á las casas habrá algunas linternas que irán apagándose sucesivamente. — En el foro la puerta de Santo Tomás, la cual estará cerrada. — Discurren por la plaza algunas personas con linternas. — Pasa la ronda. — Reina la tranquilidad. — El mar está agitado.

ESCENA PRIMERA.

FIESCO sale armado y se detiene delante del palacio de Andrés.
Luego ANDRÉS.

FIESCO.



L buen viejo ha cumplido su palabra. No veo luces ni centinelas en el palacio... Voy á llamar. (*Llama.*) ¡Hola!... Despierta, Dória; estás rendido, te han hecho traicion... Dória... despierta... ¡Ea!

ANDRÉS. — (*Asomándose al balcon.*) ¡Quién va!

FIESCO. — (*Con voz fingida.*) No quieras saberlo..... huye... te abandona tu estrella... Génova se subleva contra ti; tus verdugos se acercan. ¿Y puedes dormir todavía, Andrés?

ANDRÉS. — (*Con dignidad.*) Tranquilo dormía cuando el mar enfurecido azotaba mi galera, y crujía la quilla, y se partía el palo mayor... ¡conque ya ves!... ¿Quién manda esos verdugos?

FIESCO. — Un hombre más temible que el mar enfurecido. Juan Ludovico Fiesco.

ANDRÉS. — (*Riéndose.*) ¡Qué chancero estás, amigo! Mira, guarda para mañana tus chanzas, que esta no parece hora muy oportuna.

FIESCO. — ¿Conque, te burlas de quien viene á avisarte?

ANDRÉS. — No; se lo agradezco, pero... me voy á dormir. En cuanto á Lavagna, seguramente se habrá amodorrado en sus orgías, y no le queda tiempo para pensar en Dória.

FIESCO. — ¡Ah, desdichado!... No te fies de semejante serpiente de siete colores... Te acercarás á ella sin recelo y serás víctima de vértigo mortal. Si te mofaste de los avisos de un traidor, no te mofes ahora de los consejos de un amigo. En el patio te aguarda un caballo; huye, ahora que es tiempo todavía; no desdenes á un amigo.

ANDRÉS. — Fiesco tiene noble corazón, y como en nada le ofendí, no ha de venderme.

FIESCO. — Tiene noble corazón y te ha vendido. De ambas cosas te ha dado pruebas.

ANDRÉS. — Pues bien; cuento con una guardia que ni el mismo Fiesco puede derrotar, como no mande un ejército de querubines.

FIESCO. — (*Irónico.*) Me gustaria hablar á esa guardia y darle un billetito para la eternidad.

ANDRÉS. — (*Con nobleza.*) ¡Pobre burlon! ¿Ignoras acaso que Andrés Dória cuenta ochenta y cinco años, y que Génova es feliz? (*Vase.*)

FIESCO. — (*Contemplándole fijamente.*) ¡Forzoso fué sin duda que antes de derribar á ese hombre me convenciese de que es imposible igualarle! (*Da algunos pasos pensativo.*) No; pagué generosidad con generosidad; estamos en paz, Andrés. Ahora siga la destrucción su camino.

(Se va precipitadamente por una calle apartada. Suena el redoble del tambor en diversos puntos y se promueve un violento combate junto á la puerta de Santo Tomás, hasta que cede ésta hecha astillas y aparece la vista del puerto y de las naves alumbradas por antorchas.)

ESCENA II.

GIANETTINO embozado en una capa color de escarlata.—Le preceden casi corriendo LOMELLINO y algunos criados con antorchas.

GIANETTINO.—(*Se detiene.*) ¿Quién ha mandado tocar á generala?

LOMELLINO.—Las galeras dispararon un cañonazo.

GIANETTINO.—¡Cómo sacuden los esclavos las cadenas! (*Suenan algunos tiros de mosquete junto á la puerta de Santo Tomás.*)

LOMELLINO.—Por allí es el ataque.

GIANETTINO.—¡La puerta está abierta y la guardia en conmocion! (*A los criados.*) Aprisa, bribones... ¡luz!... Corramos al puerto.

(*Corren hácia la puerta del foro.*)

ESCENA III.

Dichos.—BORGOGNINO con los CONJURADOS que llegan por la puerta de Santo Tomás.

BORGOGNINO.—Muy bravo es Lescaro.

ZENTURIONE.—Se defendió como un leon antes de sucumbir.

GIANETTINO.—(*Retrocede con la mayor sorpresa.*) ¿Qué es lo que oigo?... Deteneos.

BORGOGNINO.—¿Quién va allá con una antorcha?

LOMELLINO.—¡Los enemigos, Príncipe!... Escurrid el bulto por la izquierda.

BORGOGNINO.—(*Más alto.*) ¿Quién va allá con una antorcha?

ZENTURIONE.—¡Atrás!... el santo y seña.

GIANETTINO.—(*Tira de la espada con arrogancia.*) ¡Sumision y Dória!

BORGOGNINO.—(*Con ira.*) ¡Robador de la República y de mi prometida! (*A los conjurados y acometiendo á Gianettino.*) ¡Qué buena presa, camaradas! Sus propios demonios le traen. (*Le hiere.*)

GIANETTINO.—(*Cae; con voz de angustia.*) ¡Socorro!... ¡Al asesino!... ¡al asesino!... Véngame, Lomellino.

LOMELLINO Y LOS CRIADOS.—(*Huyendo.*) ¡Socorro!... ¡Al asesino!...

ZENTURIONE.—(*Exclama en alta voz.*) ¡Ha muerto!... ¡Prended al Conde! (*Prenden á Lomellino.*)

LOMELLINO.—(*Cayendo de rodillas.*) No me mateis; seré de los vuestros.

BORGOGNINO.—¿Vive todavía el monstruo? Soltad á ese cobarde. (*Lomellino escapa.*)

ZENTURIONE.—Ya es nuestra la puerta de Santo Tomás y Gianettino ha muerto. Corred cuanto podais, id á decírselo á Fiesco.

GIANETTINO.—(*Se incorpora con las ansias de la muerte.*) ¡Maldicion!... ¡Fiesco! (*Muere.*)

BORGOGNINO.—(*Saca la espada del cadáver.*) Génova es libre y Berta también. Dame tu espada, Zenturione, y lleva esa, ensangrentada todavía, á mi esposa. Su cárcel está abierta; yo iré cuanto antes á darle el beso de esposo. (*Se van en opuesta direccion.*)

ESCENA IV.

ANDRÉS DÓRIA.—Soldados alemanes.

UN ALEMAN.—El ataque ha seguido esta direccion. Montad á caballo, Duque.

ANDRÉS. — Deja que contemple por última vez las torres y el cielo de Génova... ¡ Ah!... ¡ no es sueño! Andrés fué víctima de la traición.

UN ALEMAN. — Donde quiera, sólo hallamos enemigos. Huid, Duque, huid, pasad la frontera.

ANDRÉS. — (*Arrojándose sobre el cadáver de su sobrino.*) ¡ No! ¡ Quiero morir aquí!... No me habéis de fugarme... Aquí descansa la fuerza de mi vejez; mi carrera acabó. (*Calcagno á lo lejos, con los conjurados.*)

UN ALEMAN. — ¡ Los asesinos!... ¡ los asesinos!... huid, Príncipe.

ANDRÉS. — (*Suena el tambor.*) Oidme, extranjeros, oidme... Estos son los genoveses cuyo yugo rompí con mis manos. ¿ Recompensais así tales servicios en vuestro país?

EL ALEMAN. — Huid, huid mientras se mellan sus espadas en los huesos de vuestros alemanes.

(*Se acerca Calcagno.*)

ANDRÉS. — Salvaos, dejadme. Id y poned espanto á las naciones con la terrible nueva; los genoveses mataron á su padre.

EL ALEMAN. — Huid, la lucha nos da tiempo todavía... ¡ Camaradas!... Resistid con firmeza y conducid al Duque en medio. A zurriagazos debeis enseñar á esos perros de italianos el respeto debido á las canas.

CALCAGNO. — ¿ Quién va?... ¿ Qué hay?

LOS ALEMANES. — (*Acometiéndole.*) Soldados alemanes.

(*Combaten. Retiran el cadáver de Gianettino.*)

ESCENA V.

LEONOR disfrazada de hombre; ARABELLA;
salen ambas ansiosas.

ARABELLA. — Venid, señora, venid.

LEONOR. — Allí ruge la sedición. Escucha... me pare-

ce que oí sollozar á un moribundo... ¡ Oh desdicha! Ya le rodean; ya apuntan las armas al corazón de Fiesco... al mío, Arabella... ¡ Disparan!... deteneos... es mi esposo. (*Eleva las manos al cielo.*)

ARABELLA. — Pero, por Dios.

LEONOR. — (*Cada vez más loca, grita, yendo de aquí para allá.*) ¡ Fiesco!... ¡ Fiesco!... ¡ Fiesco!... Le abandonan los suyos; vacila su constancia. (*Con espanto.*) ¿ Mi esposo á la cabeza de los revoltosos?... Arabella... ¡ oh Dios mío!... Mi Fiesco combate por la revuelta.

ARABELLA. — ¡ Oh! no, señora. Es, por el contrario, el árbitro temible de la ciudad.

LEONOR. — (*Atenta.*) ¡ Pero cómo!... ¡ Temblar yo!... ¿ La más cobarde republicana abrazará al primero de los republicanos?... ¡ Bueno fuera!... Cuando los hombres se disputan el gobierno, las mujeres deben mostrar también valor. (*Suenan de nuevo tambores.*) Voy á arrojarme en medio de los combatientes.

ARABELLA. — (*Juntando las manos.*) ¡ Dios de misericordia!

LEONOR. — ¡ Poco á poco!... Con algo he tropezado... ¡ Ah sí! Un sombrero, una capa, una espada en el suelo. (*La recoge.*) Mucho pesa, Arabella, pero ya verás cómo puedo manejarla... cómo sabré manejarla con honor. (*Toca una campana á rebato.*)

ARABELLA. — ¡ Oid! ¡ oid!... La campana de la iglesia de los Dominicos... ¡ Dios tenga piedad de nosotras!... ¡ Qué horrible algazara!

LEONOR. — (*Con entusiasmo.*) Di mejor ¡ qué delicioso sonido!... Con esa campana habla Fiesco á la ciudad. Ni el mismo són de las flautas me fué nunca tan grato. Por Fiesco redoblan los tambores... ¡ Ah! ¡ cómo se inflama mi corazón! Génova entera despierta. A su voz se arrojan los soldados al combate. ¡ Y en tanto se asustaría su mujer! (*Suenan otras campanas en diversas torres.*) No; mi héroe abrazará una heroína; mi Bruto

estrechará contra el suyo el corazón de una romana. (*Se cubre con el sombrero, y se echa á los hombros la capa.*) Soy otra Pórcia.

ARABELLA.— ¡ Ah, señora! Vos no sabeis cuán terrible parece este delirio... no, no lo sabeis. (*Resuenan otra vez campanas y tambores.*)

LEONOR.— ¡ Ah, desdichada!... ¡ Y puedes oír esto sin entusiasmo! Las mismas piedras lloran de no poder precipitarse tras Fiesco; estos palacios maldicen al arquitecto que los arraigó fuertemente á este suelo; estas riberas, si pudiesen, olvidarían su puesto y librarían Génova al mar por correr al redoble de los tambores! ¿ No despertará tu valor lo que á la misma naturaleza inanimada arranca de sus cadenas?... Bien está; yo hallaré mi camino.

ARABELLA.— ¡ Oh Dios! no es posible que os dejéis arrebatar de semejante capricho.

LEONOR.— (*Con heroísmo y altivez.*) ¡ Pues lo he resuelto, alma vulgar! (*Con calor.*) Acudiré donde más terrible sea el tumulto y combata mi Fiesco en persona. Y cuando oiga que digan: ¿ Es Lavagna el invencible, de cuyas manos de hierro depende el destino de Génova? ¿ Es Lavagna realmente? Yo les responderé: Sí, genoveses: es él, mi esposo, y yo tengo también en ello mi parte. (*Sale Sacco con los conjurados.*)

SACCO.— ¿ Quién vive? ¿ Fiesco ó Dória?

LEONOR.— (*Con entusiasmo.*) ¡ Fiesco y libertad! (*Echa á correr hácia una calle. La multitud la separa de Arabella.*)

ESCENA VI.

SACCO, seguido de su tropa. — CALCAGNO llega con otra.

CALCAGNO.— Andrés Dória ha huido.

SACCO.— Mala recomendación para tí, á los ojos de Fiesco.

CALCAGNO.— Estos osos alemanes estaban plantados como peñas delante del viejo, de forma que ni aún me fué posible verle. Nueve de los nuestros han muerto allí. Incluso yo, he sido herido en la oreja izquierda. Si de tal modo se batían por un extranjero, ¡ qué no harían por defender á sus príncipes!

SACCO.— Contamos ya con muchos partidarios y han caído en nuestro poder todas las puertas.

CALCAGNO.— Dicen que el combate arrecia en la fortaleza.

SACCO.— Allí está Borgognino. ¿ Y Verrina?

CALCAGNO.— Apostado entre la ciudad y el mar, como el cancerbero. Ni una anchoa pasaría por allí.

SACCO.— Voy á que toquen á rebato en los arrabales.

CALCAGNO.— Y yo, á la plaza Sarzana. ¡ Marchen!

(*Se va al son del tambor.*)

ESCENA VII.

EL MORO, capitaneando una cuadrilla de rateros.

EL MORO.— Habéis de saber, granujas, que á mí se debe el rancho y ahora me dejan sin cuchara... ¡ Bueno va! La caza me place. Vamos á incendiar y á pillar cuanto podamos. Mientras ellos se batían por allá por una corona, nosotros pegaremos fuego á las iglesias para que se calienten un poco esos pobres apóstoles que están aquí tiritando de frío.

ESCENA VIII.

Subterráneo alumbrado por una sola lámpara. El fondo estará completamente oscuro, y Berta sola, con la cabeza cubierta de un velo negro, y sentada sobre una piedra. Después de una breve pausa, se levanta y da algunos pasos.

BERTA.—Luego BORGOGNINO y después VERRINA.

BERTA.—No suena todavía rumor alguno, ni un solo paso, que anuncie á mi libertador. ¡Horrible espera!... horrible é inútil, como la del hombre enterrado vivo. ¿Y qué es lo que aguardo, insensata? Invariable juramento te retiene en esa cueva. O sucumbe Doria y Génova es libre, ó Berta se consumirá aquí. Tal fué el juramento de mi padre. ¡Horrible cárcel que sólo puede abrir el estertor de muerte del bien defendido tirano! (*Mirando en torno.*) ¡Qué terrible silencio!... parece el de la tumba. La noche se recoge en los rincones solitarios de mi calabozo. Esta lámpara se apaga. (*Se pasea con ansiedad.*) ¡Oh, ven, ... ven, amado mio... ¡es tan horrible morir aquí! (*Pausa. Recorre el calabozo y retuerce las manos desesperada.*) Me abandona... rompe su juramento... olvida á su Berta... ¡Ah! Los vivos no curan de los muertos... y esta bóveda es una tumba... Desespera pues, que sólo florece la esperanza, donde Dios deja caer su mirada, y la mirada de Dios no penetra en ese calabozo. (*Nueva pausa; con creciente inquietud.*) Habrán sido derrotados mis libertadores. ¡Quizá frustrada la conjuración, sucumbió al peligro el intrépido!... ¡Oh, desdichada Berta! ¡Quién sabe si ahora mismo sus sombras errantes lloran, junto á esos muros, sus esperanzas fallidas! (*Lanza un grito.*) ¡Oh Dios! si ya no existen, estoy perdida sin remedio... condenada sin remedio á muerte espantosa. (*Se apoya en el muro y continúa con dolor.*) Y

si vive todavía ¡oh amado mio! si vive, y cuando venga á cumplir su promesa y á llevarse en triunfo á su amada, sólo responde á su júbilo... aquí... en este lugar mudo y solitario... frío cadáver! ¡Ay! sus ardientes besos buscan en vano el aliento de mi vida; llora en vano sobre mi cuerpo; cae mi padre sobre él y resuenan en esos muros desnudos los ayes de su dolor... ¡Oh!... entonces... entonces... siniestras paredes, calladles mis quejas; decidles que sufrí como una heroína y que mi último suspiro fué una palabra de perdón. (*Cae sin aliento sobre la piedra. Pausa. Suena dentro rumor de campanas y tambores. Berta se levanta.*) Oigamos... ¿Qué pasa? ¡Será sueño ó habré oído realmente... Las campanas suenan todas á la vez de un modo terrible... no... este no es el toque sagrado... (*Crece y se acerca el rumor, corre de una á otra parte con espanto.*) Más recio... más recio todavía. ¡Dios mio! Es el toque de rebato. ¿Ha sido incendiada la ciudad ó entra en ella el enemigo?... Es ruido espantoso, como el clamoreo de millares de hombres... ¿Qué será? (*Llaman á la puerta.*) ¡Se acercan!... ¡Descorren los cerrojos! (*Se refugia en el fondo.*) Son hombres... ¡La libertad!... ¡la salvación! ¡la salvación! (*Sale Borgognino, espada en mano, seguido de algunos con antorchas.*)

BORGOGNINO.—¡Berta!... ¡Berta!... eres libre. El tirano ha muerto, esta espada le mató!

BERTA.—¡Salvador mio!... ¡Ángel mio!

BORGOGNINO.—¿Oyes el toque de rebato y el redoble de los tambores? Fiesco es vencedor; Génova, libre; la maldición de tu padre, anonadada.

BERTA.—¡Oh Dios mio! Entonces era por mí este terrible rumor... el toque de las campanas...

BORGOGNINO.—Por tí, Berta; es la señal de nuestro matrimonio; sal de ese horrible calabozo y sígueme al altar.

BERTA.—¡Al altar, Borgognino!... ¿Ahora mismo?

¿ A media noche ? ¿ Con ese espantoso tumulto ?..... Cuando no parece sino que el mundo se desquicia... (*Sale Verrina sin que lo adviertan y se detiene sin decir palabra.*)

BORGOGNINO. — Si ; esta misma noche , bella y magnífica , en que Génova celebra su libertad como su himeneo. La espada , húmeda todavía con la sangre del tirano , será mi adorno de bodas , y el sacerdote enlazará la tuya con mi mano , que arde aún despues de mi accion heròica. ¡ No temas , amor mio , y sigueme al altar ! (*Verrina se coloca entre ambos y los abraza.*)

VERRINA. — Dios os bendiga , ¡ hijos míos !

BERTA Y BORGOGNINO. — (*Cayendo á sus plantas.*) ¡ Padre mio !

VERRINA. — (*Poniendo las manos en la frente de ambos. Pausa. En tono solemne á Borgognino.*) No olvides jamas á cuánta costa la obtuviste ; no olvides jamas que tu matrimonio data de la libertad de Génova. (*Con nobleza y gravedad á Berta.*) Tú eres la hija de Verrina y esposa del matador del tirano. (*Pausa. Les hace seña de que se levanten y dice con voz sofocada :*)... El sacerdote os aguarda.

BERTA Y BORGOGNINO. — (*A la vez.*)... ¡ Cómo , padre mio !... ¿ No venis con nosotros ?

VERRINA. — (*Gravemente.*) Terrible deber me llama á otra parte. (*Suenan trompas y timbales y clamoreo de júbilo.*) ¿ Sabes qué significa ese clamoreo ?

BORGOGNINO. — Fiesco es proclamado dux. El pueblo le diviniza y le entrega la púrpura , sin que la nobleza , que lo ve con horror , ose protestar contra ello.

VERRINA. — (*Con amarga sonrisa.*) Ya ves pues , hijo mio , que es forzoso que corra á ser el primero en prestar homenaje al nuevo monarca.

BORGOGNINO. — ¿ Qué es lo que intentais ? Yo os acompañaré.

BERTA. — (*Cogiéndose á Borgognino ansiosa.*) ¡ Dios

mio !... ¿ Qué ocurre , Borgognino ?... ¿ Qué intenta mi padre ?

VERRINA. — Oye , hijo : vendí cuanto poseía y deposité el dinero en tu navío ; coge del brazo á tu amada y embárcate sin tardar ; tal vez os siga... tal vez nunca más... Dirigios á Marsella y (*abrazándoles con emociion*) que Dios os acompañe.

BORGOGNINO. — (*Con firmeza.*) Me quedo ; no ha pasado todavía el peligro.

VERRINA. — (*Llevándole junto á Berta.*) Insaciable orgulloso , vé y regocíjate con tu esposa. Pues inmolaste á un tirano , déjame el mio. (*Se van.*)

ESCENA IX.

FIESCO sale precipitado.— ZIBO le sigue.

FIESCO. — ¿ Quién es el autor del incendio ?

ZIBO. — Ya está tomada la fortaleza.

FIESCO. — ¿ Quién es el autor del incendio ?

ZIBO. — (*Haciendo una seña á los que le siguen.*) Vaya una patrulla en persecucion del culpable. (*Se van algunos hombres del séquito.*)

FIESCO. — ¡ Vive Dios !... ¿ Quereis hacer de mí un asesino ? Daos prisa á traer aquí bombas y cubos. (*Se van algunos hombres del séquito.*) Pero sepamos , ¿ Gianettino ha sido preso ?

ZIBO. — Así dicen.

FIESCO. — (*Furioso.*) No hacen más que decirlo. ¿ Y quién lo dice , Zibo ? Por vuestro honor , ¿ se ha escapado ?

ZIBO. — (*Pensativo.*) Si he de creer á mis ojos antes que á la palabra de un noble , Gianettino vive todavía.

FIESCO. — (*Colérico.*) Va en ello vuestra vida , Zibo.

ZIBO. — Os repito que le ví pasar hace cinco minutos con su plumaje amarillo y su capa colorada.

FIESCO. — (*Fuera de sí.*) ¡Mil rayos! Por vida mía, Zibo, que he de cortar la cabeza á Borgognino... Corred, Zibo; que cierren todas las puertas de la ciudad y echen á pique las falúas para que no pueda fugarse por mar. A quien venga á decirme que Gianettino ha muerto, le regalo ese diamante tan hermoso, el mejor que se halle en Génova, en Luca, en Venecia, en Pisa... (*Zibo se va precipitadamente.*) Corred, Zibo.

ESCENA X.

FIESCO. — SACCO. — EL MORO. — Soldados.

SACCO. — Acabamos de sorprender á ese moro echando una mecha encendida en el interior de la iglesia de los jesuitas.

FIESCO. — Te perdoné la traicion porque se trataba de mí, pero el incendiario merece la horca. Llevadlo en seguida y ahorcadlo á la puerta de la iglesia.

EL MORO. — ¡Diablo, diablo!... La ocasion no es muy oportuna... ¿No puede rebajarse nada?

FIESCO. — Nada.

EL MORO. — (*Con cierta confianza.*) Mandadme á las galeras á prueba.

FIESCO. — (*A los soldados.*) ¡A la horca!

EL MORO. — Pues bien; quiero hacerme cristiano.

FIESCO. — Poco caso hace la Iglesia de los desechos de la idolatría.

EL MORO. — (*Con acento cariñoso.*) Al menos enviadme borracho á la eternidad.

FIESCO. — No; en ayunas.

EL MORO. — Pero no me ahorqueis en una iglesia cristiana.

FIESCO. — He dado mi palabra de caballero; te dije que tendrias una horca como para tí solo.

SACCO. — (*Con enfado.*) Basta de charla, pagano, que tenemos mucho que hacer.

EL MORO. — Pero si por casualidad la cuerda se rompiera...

FIESCO. — (*A Sacco.*) Que lleven dos.

EL MORO. — (*Resignado.*) Sea pues, y prepárese el diablo á mi imprevista visita.

(*Se va con los soldados que van á ahorcarle.*)

ESCENA XI.

FIESCO. — LEONOR sale por el fondo, embozada en la capa color de escarlata de Gianettino.

FIESCO. — (*Repara en ella, se adelanta, retrocede luego, y exclama colérico:*) ¡Yo conozco este penacho y esta capa! (*La acomete.*) ¡Yo conozco este penacho y esta capa! (*La hiere ciego de furor.*) Si tantas vidas tienes, alzate y anda.

(*Leonor cae lanzando un grito. Suena dentro una marcha triunfal; tambores, cornetas y oboes.*)

ESCENA XII.

FIESCO, CALCAGNO, SACCO, ZENTURIONE, ZIBO. — Soldados precedidos de la música y con banderas.

FIESCO. — (*Yendo á su encuentro, alegremente.*) Genoveses; la suerte está echada. Ahí teneis muerta la serpiente de mi alma, el horrible objeto de mi odio, Gianettino; alzad las espadas.

CALCAGNO. — Y yo vengo á deciros que los dos tercios de Génova se afilian á vuestro partido y juran fidelidad á la bandera de Fiesco.

ZIBO. — Verrina, por su parte, me envia desde la

capitana, con encargo de saludaros como señor del puerto y la bahía. Zenturione, el gobernador os entrega por mi mano las llaves y el baston de mando.

SACCO.—Y ambas Cámaras se prosternan, en mi persona, ante su señor y piden de rodillas favor y clemencia.

CALCAGNO.—Quiero ser el primero en felicitar al vencedor desde los muros de la ciudad... ¡Viva Fiesco! rendid las banderas... ¡Viva el dux de Génova!

TODOS.—(*Descubriéndose.*) ¡Viva el dux de Génova! (*Fiesco permanece pensativo y cabizbajo durante esta escena.*)

CALCAGNO.—El pueblo y el Senado aguardan el instante de saludar á su noble señor, revestido de las insignias de la realeza. Permitidme, serenísimo dux, que os conduzca á la Signoria.

FIESCO.—Antes permitidme á mi vez que satisfaga un vivo deseo de mi corazón. Dejé en la mayor angustia á una persona, muy cara para mí, y que debe compartir mi triunfo. (*Conmovido, á los presentes.*) Hacedme el favor de acompañarme á ver á vuestra amable Duquesa. (*Hace que se va.*)

CALCAGNO.—¿Dejaremos aquí el cadáver del vil asesino ó enterraremos su vergüenza en un rincón?

ZENTURIONE.—Plantad su cabeza en lo alto de una pica.

ZIBO.—Descuarticémosle. (*Arriman luces junto al cadáver.*)

CALCAGNO.—(*Con voz sofocada por el terror.*) Mirad, genoveses... este no es el semblante de Gianettino.

(*Todos se detienen mudos de sorpresa.*)

FIESCO.—(*Inmóvil, mira en torno suyo, luego fija la mirada en el cadáver, convulso, agitado.*) ¡Voto al infierno!... No... este no es el semblante de Gianettino. ¡Infernal sorpresa! (*Mira otra vez en torno suyo.*) Génova es mía... decis... ¡mía! (*Lanzando un grito de ra-*

bia.) ¡Espantosa ilusión!... es mi esposa. (*Cae, como herido del rayo. Los conjurados le rodean con profundo silencio. Fiesco se levanta sin aliento y prosigue con voz sombría.*) ¡Genoveses!... ¿Maté á mi esposa? Hablad... os lo ruego... no contempleis, pálidos como espectros, este horrible capricho de la naturaleza... ¡Oh! no; catástrofes hay, que, gracias al cielo, no ha de temer el hombre, cabalmente por ser hombre; pues á quien le fué negada la absoluta felicidad, no puede condenarse á un tormento absoluto, infernal; y esto fuera mayor tortura todavía. (*Con horrible calma.*) ¡Oh! no; genoveses; esto no puede ser.

ESCENA XIII.

Dichos.—ARABELLA, sale sollozando.

ARABELLA.—Mátenme, si quieren... Si ya no tengo nada que perder... Decidme, ¡por piedad!... Dejé aquí á mi señora y no la hallo en ninguna parte.

FIESCO. (*Acercándose á ella y con voz temblorosa.*) ¿Tu señora se llama Leonor?

ARABELLA.—(*Con alegría.*) ¡Ah!... sois vos, mi noble y querido señor... no os enojeis contra mí... no pude impedir...

FIESCO.—(*Con vehemencia.*) ¿Qué?

ARABELLA.—Que se lanzara...

FIESCO.—¿A dónde?

ARABELLA.—Al combate.

FIESCO.—(*Furioso.*) Así se te vuelva la lengua de codrilo... ¿Cómo iba?

ARABELLA.—Con una capa de púrpura.

FIESCO.—(*Se arroja á ella con rabia.*) ¡Vete al infierno!... ¿Y la capa?...

ARABELLA.—Estaba aquí, por el suelo.

ALGUNOS CONJURADOS. — (*Murmuran.*) Gianettino fué muerto aquí...

FIESCO. — (*Tambaleándose y pálido como la muerte; á Arabella.*) Pues ya hemos hallado á tu señora.

(*Arabella se va angustiada; Fiesco, despavorido, gira en torno la mirada; luego dice con voz temblorosa que se eleva lentamente hasta el tono del furor.*)

FIESCO. — ¡Cierto! ¡cierto!... Soy juguete de inconcebible fechoría. (*Convulso.*) Retiraos, miseras criaturas. (*Rechinando los dientes y alzando la vista al cielo.*) ¡Ah! si tuviera el mundo entre los dientes! ¡Ah! si pudiera triturarle con horrible rechino hasta que sufriera lo que yo! (*A los presentes; tembloroso.*) Ya veis lo que es la compasiva raza que alaba al cielo y se felicita de no ser como yo... ¡como yo! (*Estremeciéndose.*) Para mí solo este suplicio. (*Con rabia creciente.*) ¡Para mí!... ¿Y por qué para mí solo, y no para los demás? ¿Por qué no puede embotarse mi dolor con el ajeno?

CALCAGNO. — (*Temeroso.*) Querido dux...

FIESCO. — (*Asiéndole con horrible júbilo.*) ¡Ah! Bien venido, amigo. ¡Alabado sea Dios! ahí tenemos á otro, víctima también del rayo. (*Estrecha á Calcagno entre sus brazos.*) Bien venido á mi infierno, compañero de desgracia. Ya ves que ha muerto ella, la que tú amabas también. (*Le fuerza á acercarse á Leonor y á que contemple el cadáver, bajando hácia él la cabeza.*) Desespera; ha muerto. (*Observando en torno con hosca mirada.*) ¡Ah! quién pudiera hallarse en el umbral del mismo infierno y contemplar desde allí las torturas de los condenados, y oír sus gemidos!... ¡Ah! si pudiera verles... tal vez soportara entonces mi tormento. (*Se acerca á Leonor.*) ¡Aquí mi mujer asesinada! No, no es bastante... asesinada por mí, por mí, desalmado. ¿Y esto no conmueve al mismo infierno? Primero me encumbró á la cima de la dicha y me entretuvo en las mismas puertas del cielo, y luego... luego... ¡ah! si

podiera con mi aliento emponzoñar las almas... y luego... yo mismo mato á mi esposa. Mal digo; mayor fué su execrable astucia. Entonces se engañaron mis ojos (*con expresion horrible*) y maté á mi esposa. (*Con espantosa carcajada.*) ¡Qué obra maestra! (*Los conjurados vivamente conmovidos, se apoyan en las armas: algunos enjugan sus lágrimas. Pausa. Fiesco, sin aliento y más sereno, pasea en torno la mirada.*) ¡Alguien llora!... ¡Sí, vive Dios!... Los mismos matadores de un príncipe lloran. (*Enternecido.*) Decidme si por ventura llorais la horrible traicion de la muerte, ó la caída de mi genio. (*Acercándose á Leonor y en actitud conmovedora.*) ¿Cómo, lo que derrite en llanto á estos asesinos de corazón de roca, sólo arranca maldiciones á la desesperacion de Fiesco? (*Cae junto á ella llorando.*) Perdóname, Leonor; el arrepentimiento no irrita el cielo. (*Con dolor y ternura.*) Años hacía que saboreaba anticipada la ventura de este instante, en que iba á presentar á los genoveses su duquesa. Imaginaba ya el rubor de tu modestia, los latidos de tu seno henchido de orgullo, bajo la plateada gasa, y tu voz, tu voz conmovida, impotente para expresar tu arrobamiento. (*Con viveza.*) ¡Cómo resonaban en mis oídos las solemnes aclamaciones! ¡Cómo el triunfo de mi amada resplandecía sobre la envidia espirante! Llegó el momento, Leonor... tu Fiesco es dux de Génova, y el más miserable mendigo no querría trocar su suerte por mi corona y mi tormento. (*Con emocion.*) Su esposa comparte su dolor. ¿Con quién compartiré yo mi poderío? (*Rompe á llorar é inclina el rostro sobre el cadáver de Leonor. Emocion general.*)

CALCAGNO. — ¡Era una mujer admirable!

ZIBO. — Ocultemos al pueblo esta siniestra ocurrencia. Flaquearan los nuestros y se envalentonarian los contrarios.

FIESCO. — (*Alzándose con firmeza.*) Oidme, genove-

ses... La Providencia, comprendo su aviso, hirióme así para poner á prueba mi corazon en el instante de alcanzar el poder. ¡Arriesgada prueba!... Ahora no temo ya ni la desgracia, ni el desvanecimiento. Vamos; me decís que Génova me aguarda; quiero darle un príncipe como no vió otro alguno Europa entera... quiero honrar á esta desgraciada Princesa con tan fúnebre pompa, que la vida perderá sus adoradores y la muerte parecerá esplendente de hermosura como una desposada.

(*Se van con la bandera.*)

ESCENA XIV.

ANDRES DORIA.—LOMELLINO.

ANDRES.—Por allí suenan las aclamaciones.

LOMELLINO.—El triunfo les embriaga. Abandonaron las puertas y todos se dirigen hácia la Signoria.

ANDRES.—Sólo mi sobrino abandonó su puesto; ha muerto... ¿oyes, Lomellino?

LOMELLINO.—¿Esperáis por ventura algo todavía, Dux?

ANDRES.—(*Con gravedad.*) Tiemblo por tu vida. ¡Mofarte así llamándome Dux, cuando ya nada debo esperar!

LOMELLINO.—Pensad, señor, que una nacion sublevada pesa en la balanza de Fiesco. ¿Qué hay en la vuestra?

ANDRES.—(*Con majestad.*) ¡El cielo!

LOMELLINO.—(*Encogiéndose de hombros, fisgando.*) Desde que se inventó la pólvora, los ángeles ya no pelean.

ANDRES.—¡Miserable bufon que intenta arrebatarme su Dios á un anciano desesperado! (*En tono severo é imperioso.*) Vé, y anúnciales que Andrés vive toda

vía... que les ruego no echen de su patria, á ochenta años, á quien los extranjeros no perdonarian la prosperidad de Génova; díles que Andrés pide á sus hijos el espacio de tierra bastante para cubrir sus huesos.

LOMELLINO.—Obedezco, mas nada espero de este paso.

(*Hace que se va.*)

ANDRES.—Oye; llévate este mechón de pelo encanecido. Díles que era el último que quedaba en mi calva; se desprendió de ella la noche del 3 de enero, cuando separóse Génova de mi corazon. Que rayo en los ochenta, les dirás, y á ochenta años este mechón es harto flojo, pero asaz fuerte, sin embargo, para atar la púrpura del hermoso mancebo. (*Se va tapándose el rostro.*)

(Lomellino se precipita por otra calle. Suenan dentro gritos de júbilo y algazara, trompetas y timbales.)

ESCENA XV.

VERRINA.—FIESCO, con las insignias de dux; encontrándose.

FIESCO.—En buena ocasion llegas, Verrina; iba precisamente á buscarte.

VERRINA.—Y yo á ti.

FIESCO.—Dime, Verrina, si observas alguna mudanza en tu amigo.

VERRINA.—No la deseo.

FIESCO.—Pero ves alguna.

VERRINA.—(*Sin mirarle.*) Espero que no.

FIESCO.—¿Ninguna, vuelvo á preguntarte?

VERRINA.—(*Después de una rápida mirada.*) Ninguna.

FIESCO.—Pues bien, ya ves cómo es falso que el poder convierta á los hombres en tiranos. Desde que nos separamos, héteme nombrado dux de Génova, y

me parece que Verrina (*abrazándole*) hallará mis abrazos tan ardientes como ayer.

VERRINA. — Siento que sólo pueda corresponder á ellos con frialdad. El cetro de tu poder cae como afilado puñal, entre el dux y yo. Juan Ludovico Fiesco imperaba en mi corazón, y pues conquistó ahora Génova, recobro lo que me pertenece.

FIESCO. — ¡Dios me libre de ello!... ¡Exorbitante precio para un ducado!

VERRINA. — (*Con lúgubre acento.*) ¡De tal manera ha pasado de moda la libertad, que arrojan las repúblicas en las manos del primer advenedizo, por un precio infame!

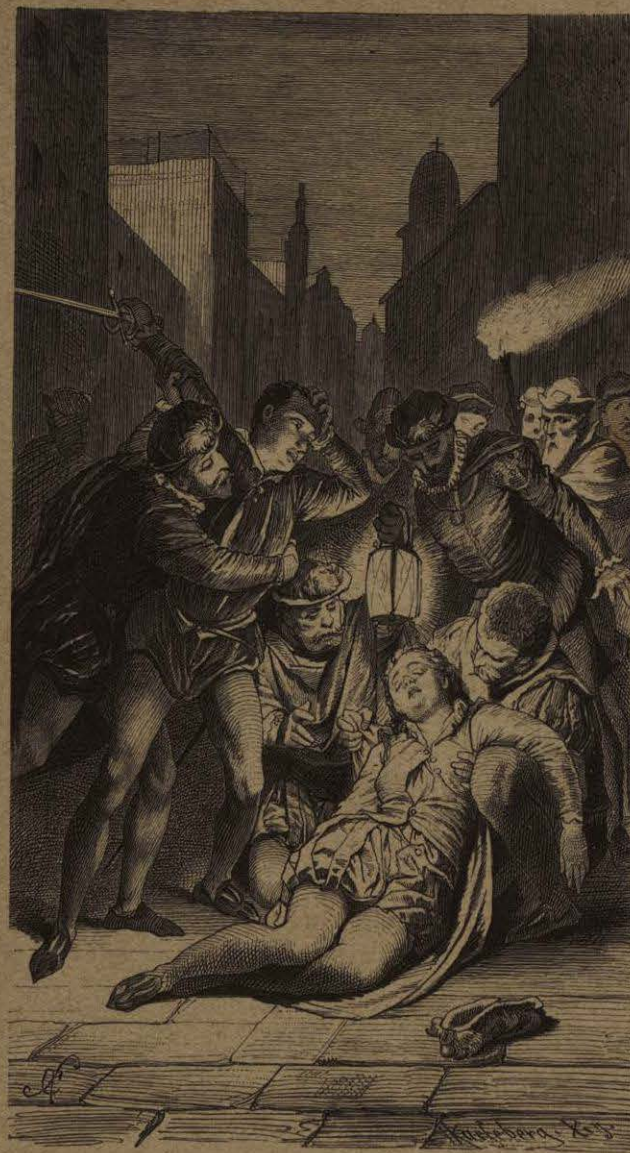
FIESCO. — (*Mordiéndose los labios.*) A nadie repitas tales palabras sino á Fiesco.

VERRINA. — ¡Oh! claro está que es fuerza ser hombre escogido para oír la verdad sin apalearla. Sólo es lástima que el hábil jugador haya errado en un punto; contó con la envidia, verdad, mas por desgracia olvidó en su astucia á los patriotas. (*Con intencion.*) Yo pregunto al opresor de la libertad, si halló medio también de poner freno á la virtud romana. ¡Lo juro, vive Dios! Antes hallarán mis huesos en el potro, que en el cementerio de un ducado.

FIESCO. — (*Asiéndole la mano con ternura.*) No será si el duque se llama tu hermano, y el poder es sólo un tesoro que destina á hacer el bien, como no pudo hasta aquí detenido por la necesidad. ¡Incluso, entonces, Verrina!...

VERRINA. — Incluso entonces. No sé que nunca los regalos del ladrón le hayan salvado de la horca. Semejante generosidad no seduce á Verrina. A un conciudadano puedo permitírsela, porque me es dado corresponder á ella, pero los presentes de un príncipe son gracias, y estas sólo quiero recibirlas de Dios.

FIESCO. — (*Con amargura.*) Antes arrancaría la Italia al mar, que á ese testarudo sus convicciones.



Muerte de la esposa de Fiesco.

VERRINA. — Y eso que tratándose de arrancar, no es lo que menos sepas, como se ve con esa República, ese cordero que arrancaste á Dória, el lobo, para devorarla despues tú. En una palabra, dime brevemente, Dux, ¿ qué crimen cometió el pobre diablo que colgasteis en la iglesia de los jesuitas ?

FIESCO. — Esa canalla pegaba fuego á Génova.

VERRINA. — Pero al menos dejaba intactas las leyes.

FIESCO. — Verrina abusa de mi amistad.

VERRINA. — ¡ Lejos de mí la amistad !... Dígote que ya no te amo ; te juro que te odio, tē odio como la sierpe del paraíso que arrojó al mundo la primera traición, que aún mana sangre tras cinco mil años... Óyeme, Fiesco ; no hablo como vasallo á su señor, ni como un amigo á otro, sino de hombre á hombre. Al mismo Dios de verdad ofendiste forzando la virtud á ayudarte en tu criminal empresa, empleando los patriotas de Génova á la prostitucion de Génova. Si fuera tan necio, Fiesco, que no conociera la maula, ¡ vive Dios que me arrancaria las tripas y me estrangulara con ellas, arrojándote á la cara mi postrer aliento con los espu-marajos de la convulsion !... Mucho pesará en la balanza del pecado esta régia infamia, pero tú te mofas del cielo y fias tu causa al tribunal de ese mundo. (*Fiesco atónito y mudo, le mira fijamente.*) No intentes responder ; hemos concluido. (*Despues de haber medido la escena con los ojos.*) Hay en las galeras del tirano de ayer, Dux de Génova, muchedumbre de pobres diablos que expian sus pasados delitos á fuerza de remos, y vierten al Océano tales lágrimas que el Océano, como un hombre rico, se desdeña de contar... Los buenos príncipes inauguran su reinado con la clemencia ; ¿ quieres resolverte á libertar á esos galeotes ?

FIESCO. — (*Con intencionado acento.*) Sea este el primer acto de mi tiranía. Vé y anúnciales su libertad.

VERRINA. — Pero si te privas de su júbilo vas á hacer

la obra á medias. Goza de ella; vé tu mismo en persona. Puesto que los poderosos presencian rara vez el mal que hacen, no veo que deban retirarse cuando hacen el bien. No tenía al Dux por tan superior que no pueda ver la satisfaccion del último mendigo.

FIESCO.—Eres terrible, pero no sé qué me fuerza á seguirte. (*Ambos se dirigen hácia el mar.*)



VERRINA.—(*Se detiene; con dolor.*)
Abrázame por última vez, Fiesco. Nadie hay aquí para ver á Verrina, llorando y enterneciéndose en brazos de un príncipe. (*Le estrecha contra su corazón.*) En verdad que nunca latieron juntos dos corazones más grandes, ni se amaron con tan ardiente y fraternal afeccion. (*Llorando en brazos de Fiesco.*) ¡Ah!
¡Fiesco, Fiesco!...

¡qué vacío dejas en mi alma!... vacío que no podrá llenar la misma raza humana, ni que fuera tres veces más numerosa de lo que es.

FIESCO.—(*Muy conmovido.*) Sé... mi amigo.

VERRINA.—Despójate de esa odiosa púrpura... y lo seré... El primer príncipe fué un asesino, y revistió la púrpura para cubrir la mancha de su crimen con este color de sangre... Óyeme, Fiesco; soldado soy y no me sienta bien el llanto. ¡Fiesco!... Estas son mis primeras lágrimas... despójate de la púrpura.

FIESCO.—Calla.

VERRINA.—(*Con creciente vehemencia.*) Mira, Fiesco; aunque me ofrecieran de un lado todas las coronas del mundo, y de otro todas las torturas, no hincaría la rodilla á ningun mortal. ¡Fiesco! (*Se arrodilla.*) Esta es la primera vez que hincó la rodilla... Despójate de la púrpura.

FIESCO.—Alza; no me irrites más.

VERRINA.—(*Resuelto.*) Me levanto; no te irritaré más. (*Se dirige á una tabla que conduce á las galeras.*) ¡El Príncipe primero! (*Se adelanta por la tabla.*)

FIESCO.—¿Por qué me tiras así de la capa. (*Cae.*)

VERRINA.—(*Soltando terrible carcajada.*) ¡Pues!... Cuando cae la púrpura debe seguirle el Príncipe. (*Le precipita en el mar.*)

FIESCO.—(*En el agua.*) ¡Socorro! ¡Génova! ¡socorro al Dux! (*Desaparece.*)

ESCENA XVI.

CALCAGNO, SACCO, ZIBO, ZENTURIONE, los CONJURADOS, el pueblo; todos acuden ansiosos.

CALCAGNO.—¡Fiesco!... ¡Fiesco! Ha vuelto Andrés; la mitad de Génova vuelve á unirse á él. ¿Dónde está Fiesco?

VERRINA.—(*Con firmeza.*) Ahogado.

ZENTURIONE.—¿Quién dice tal? ¡Será el infierno ó un loco!

VERRINA.—Ha sido ahogado... si os parece mejor así. Voy al encuentro de Andrés. (*Estupefaccion general. Cae el telon.*)

